

Angel Rama

LA CIUDAD LETRADA

Comisión Uruguaya pro Fundación Internacional Angel Rama

IV

La ciudad modernizada

La modernización que se inaugura hacia 1870, fue la segunda prueba a que se vio sometida la ciudad letrada, mucho más riesgosa que la anterior pero, al mismo tiempo, por la ampliación del circuito letrado que presenció, más rica de opciones y de cuestionamientos.

Las gacetas populares de la imprenta de Antonio Vanegas Arroyo, en México, (muchas ilustradas por José Guadalupe Posada), como las hojas sueltas y revistas gauchescas en el Río de la Plata, hicieron fuego sobre los "doctores". Nuevamente, como cuando la Emancipación, un sector recientemente incorporado a la letra desafiaba el poder.

También lo hicieron los nuevos intelectuales, en especial los pedagogos que estaban surgiendo y retomaban, sin haberla conocido, la lección de Simón Rodríguez. En su libro *De la legislación escolar* (1876), el educador uruguayo José Pedro Varela, arremetía contra ellos y contra la Universidad que los producía: "Como clase, los abogados no son mejores que las otras profesiones, ni más morales, ni más justos, ni más desprendidos, ni más patriotas; pero son más atrasados en sus ideas y más presuntuosos".¹ Los atacaba porque

perteneían a esas clases que, decía, "son las que hablan, las que formulan las leyes, las que cubren de dorados la realidad", comprobando la disociación entre las dos ciudades: los universitarios no interpretaban ni representaban en sus escritos la realidad, sino que la cubrían de dorados.

Con perspicacia mayor que la de José Martí, quien en 1891 hablaría de "letrados artificiales" oponiéndoles —fuera de tiempo— un "hombre natural" al que sabrían interpretar los caudillos que sobre tales hombres naturales edificarían sus dictaduras, José Pedro Varela comprueba que los doctores universitarios habían venido engranando cómodamente en el poder de los caudillos y que "el espíritu universitario encuentra aceptable ese orden de cosas, en el que reservándose grandes privilegios y proporcionándose triunfos de amor propio, que conceptúa grandes victorias, deja entregado el resto de la sociedad al gobierno arbitrario".² Era la crítica, desde las nuevas tiendas racionalistas y, pronto, positivistas, del medio siglo posterior a la Emancipación en que se había reconstruido la ciudad letrada mediante dos equipos intelectuales —conservadores y liberales— que se turnaron en el poder y concluyeron en una amalgama liberal-conservadora que ya reconocía hacia 1862 en Colombia, José María Samper.³

Bajo la advocación de Spencer, Pestalozzi o Mann, la manera de combatir a la ciudad letrada y disminuir sus abusivos privilegios consistió en reconocer palmariamente el imperio de la letra, introduciendo en ella a nuevos grupos sociales: es el origen de las leyes de educación común que se extienden por América Latina desde la que en 1876 redacta el mismo Varela y, desde la misma fecha, la progresiva transformación de la Universidad que al incorporarse al positivismo se amplía

con escuelas técnicas que atemperan la hegemonía de abogados y médicos. Dos curvas estadísticas remontan en el período y explican la demanda de personal técnico o semipreparado: la demográfica y la de exportaciones, aunque ninguna de ellas da el vertiginoso salto de la curva de urbanización que consagra el triunfo de las ciudades,⁴ cumpliendo después de varios siglos con el cometido asignado e imponiendo sus pautas al contorno rural: "casi todas las capitales latinoamericanas duplicaron o triplicaron la población en los cincuenta años posteriores a 1880".⁵

"These cities were primarily conceived as bureaucratic centers; commerce and industry had almost no part in their formative period" ha dicho Claudio Véliz, explicando que sus habitantes "were employed in the service, or tertiary sector of the economy and included domestic servants as well as lawyers, teachers, dentists, civil servants, salesmen, politicians, soldiers, janitors, accountants, and cooks".⁶ Una parte considerable de ese terciario (nombre que en América Latina no es sino una modernización de una costumbre que se remonta a los orígenes de la Conquista) correspondió a las actividades intelectuales. A las ya existentes en la administración, las instituciones públicas y la política, se agregaron las provenientes del rápido crecimiento de tres sectores que absorbieron numerosos intelectuales, estableciendo una demanda constante de nuevos reclutas: la educación, el periodismo y la diplomacia. Sólo la segunda pareció disponer de un espacio ajeno al contralor del Estado aunque salvo los grandes diarios y revistas ilustradas, la mayoría de los órganos periodísticos, que siguieron siendo predominantemente políticos como era ya la tradición romántica, retribuyeron servicios mediante puestos públicos, de tal modo que las expectativas autónomas del periodismo se transfor-

maron en vías de acceso al Congreso o a la Administración del Estado. Aun con estas limitaciones, fue sin duda un campo autónomo respecto a la concentración del poder, como lo fue también la función educativa en la medida en que creció suficientemente como para no poder ser controlada rígidamente desde las esferas gubernamentales. Es difícil estimar si este crecimiento del terciario se acompañó proporcionalmente con el desarrollo de la economía, aunque el rasgo rumboso y nuevo rico que lo distinguió le dio una preeminencia pública considerable que algunos historiadores interpretan como prueba de su excesivo crecimiento o de la apropiación de riqueza que efectuó.

Con todo, lo realmente cierto fue la idealizada visión de las funciones intelectuales que vivió la ciudad modernizada, fijando mitos sociales derivados del uso de la letra que servían para alcanzar posiciones, si no mejor retribuidas, sin duda más respetables y admiradas: fue "la maestra normal" (Manuel Gálvez) que fijó los sueños de las jóvenes de la baja clase media o fue "el doctorado" (*M'hijo el doctor*, en la feliz fórmula de Florencio Sánchez) que ambicionaron para sus descendientes tanto los estancieros ricos como los tenderos inmigrantes, unos y otros analfabetos. La letra apareció como la palanca del ascenso social, de la respetabilidad pública y de la incorporación a los centros de poder; pero también, en un grado que no había sido conocido por la historia secular del continente, de una relativa autonomía respecto a ellos, sostenida por la pluralidad de centros económicos que generaba la sociedad burguesa en desarrollo. Para tomar el restringido sector de los escritores, encontraron que podían ser "reporters" o vender artículos a los diarios, vender piezas a las compañías teatrales, desempeñarse como maestros pueblerinos o suburbanos, escribir letras para las

músicas populares, abastecer los folletines o simplemente traducirlos, producción suficientemente considerable como para que al finalizar el siglo se establecieran las leyes de derecho de autor y se fundaran las primeras organizaciones destinadas a recaudar los derechos intelectuales de sus afiliados. En el sector letrado académico, el ejercicio independiente de las profesiones llamadas aún "liberales", o la creación de institutos que proporcionaban títulos habilitantes (maestros, profesores de segunda enseñanza) instauraron un espacio más libre, menos directamente dependiente del Poder, para las funciones intelectuales, y será en este cauce que comenzará a desarrollarse un espíritu crítico que buscará abarcar las demandas de los estratos bajos, fundamentalmente urbanos, de la sociedad, aunque ambicionando, obsesivamente, infiltrarse en el poder central pues en definitiva se lo siguió viendo como el dispensador de derechos, jerarquías y bienes.

Los límites de este incipiente proceso autonómico originado por la ampliación de la base económica liberal, se pueden apreciar analizando los mitos sociales que irrumpieron en las ciudades, sobre todo si se los coteja con los que por la misma fecha se desarrollaron en la zona norteamericana del continente. Desde luego siguieron funcionando los grandes mitos sociales de las clases bajas y aun con una intensidad desconocida, en la medida que la modernización alcanzó buena parte de su riqueza sobre las espaldas de la clase campesina: de ahí que los dos grandes mitos, simbolizados en el rebelde y el santo, cobraran una principalía que estuvo abonada por el bandolerismo y el mesianismo religioso de la época, concitando la adhesión de los estratos inferiores que sacralizaron ambas figuras en tanto portadores de la

resistencia a la opresión de los poderes, figuras románticas que desafiaban el orden injusto de la sociedad custodiado por las instituciones y figuras solitarias, en lo que representaban la debilidad asociativa de los hombres de las zonas rurales.

Junto a estos mitos que invadieron los suburbios capitalinos y se prolongan hasta nuestros días gracias a la masa de inmigrantes rurales que los pueblan, comienzan a diseñarse los mitos letrados y urbanos a que hicimos referencia, pero ninguno de ellos alcanza supervivencia ni, sobre todo, se graba hondamente en el imaginario popular. Si se cotejan dos zonas de intenso trasplante europeo, como son los Estados Unidos y el Río de la Plata, se observa que en esta última no alcanzaron esplendor los mitos individuales que se producen en la primera. Ya Darcy Ribeiro observó que "los descendientes de inmigrantes no consiguieron aún estampar su impronta en la ideología nacional" Argentina, lo que se hace evidente si se evoca la extraordinaria difusión del (mito del pionero) en los Estados Unidos, el conquistador y colonizador de tierras de indios que ha originado toda la filosofía de la "frontera" y a cuyos prototipos (el cowboy) se consagraron millares y millares de folletos populares en el XIX y se busca algún equivalente de similar entidad en el sur. Su inexistencia impone reconocer la fuerza constrictiva que en el sur ejerció la oligarquía dueña de tierras, paralizando el esfuerzo democratizador que en el norte cumplieron los pioneros sedientos de tierras. La "conquista del desierto" en la Argentina sigue de cerca a la "conquista del Oeste" en los Estados Unidos, pero la primera es llevada a cabo por el ejército y la oligarquía, mientras que la segunda concedió una amplia parte a los esfuerzos de los inmigrantes, a los que tuvo que recompensar con propiedades.

Este reconocimiento del esfuerzo individual, al margen y aun contra el poder del Estado, es el mismo que alimentó los mitos urbanos norteamericanos que se definieron en el "self-made man". En el campo letrado proveyó de dos figuras heroicas y solitarias: el periodista y el abogado, que hasta el día de hoy y contra toda evidencia realista dada la extraordinaria concentración del poder que se ha efectuado en los Estados Unidos, siguen alimentando el imaginario popular. Ese periodista que escribe en un pequeño diario pueblerino, en el cual denuncia las injusticias y las arbitrariedades de los poderosos a los que concluye venciendo y ese abogado pobre que ante los tribunales vence las maquinavélicas conjuras de los ricos y restablece los derechos o la inocencia del acusado, son mitos urbanos y letrados que no se desarrollaron en América Latina. Contrariamente a un extendido prejuicio acerca del individualismo anárquico de sus habitantes, parecen apuntar a una situación exactamente opuesta, al enorme peso de las instituciones latinoamericanas que configuran el poder y a la escasísima capacidad de los individuos para enfrentarlas y vencerlas. Los mitos parten de componentes reales pero no son obviamente traducciones del funcionamiento de la sociedad sino de los deseos posibles de sus integrantes. Son condensaciones de sus energías deseantes acerca del mundo, las cuales en la sociedad norteamericana se abastecen con amplitud en las fuerzas individuales mientras que en las latinoamericanas descansan sobre una percepción aguda del poder, concentrado en altas esferas, y simultáneamente sobre una subrepticia desconfianza acerca de las capacidades individuales para oponérsele. Dicho de otro modo, la sociedad urbana latinoamericana opera dentro de modelos más colectivizados, sus mitos opositores del poder pasan a través de la

configuración de grupos, de espontáneas coincidencias protestatarias, de manifestaciones y reclamaciones multitudinarias. Los mitos de campesinos-obreros-y-estudiantes que poblarón los discursos de la izquierda, sobre todo la estudiantil, desde la modernización en adelante, son visiblemente urbanos y letrados, descendientes del pensamiento europeo también, sin equivalente en la sociedad norteamericana.

Efectivamente, comenzó a manifestarse desde fines del XIX una disidencia dentro de la *ciudad letrada* que configuró un pensamiento crítico.

Tuvo multiplicidad de causas, entre las cuales cuenta un sentimiento de frustración e impotencia (que remedó el de los criollos respecto al poder español en la Colonia) y una alta producción de intelectuales que no se compadecía con las expectativas reales de sociedades que parecían más dinámicas de lo que lo eran, las que serían incapaces de absorber esas capacidades, forzándolas al traslado a países desarrollados. Pero ese pensamiento no dejó de moldearse dentro de estructuras culturales que aunque se presentaban modernizadas repetían las formas tradicionales. Alguna vez señaló Vaz Ferreira que quienes no habían llegado a tiempo para ser positivistas, habían sido marxistas, apuntando más que a una crítica de cualquiera de ambas filosofías, a las adaptaciones que han experimentado en tierras americanas las doctrinas recibidas del exterior, obligadamente se ajustaron a las tendencias y comportamientos intelectuales elaboradas por las vigorosas tradiciones internas. Del mismo modo que no tuvimos el romanticismo idealista e individualista alemán, sino el romanticismo social francés, haciendo de Victor Hugo un héroe americano, del mismo modo el sociologismo positivista engranó con enorme éxito en la mentalidad latinoamericana, siendo

Comte, Spencer pensadores a quienes se rindió culto, no sólo por sus claras virtudes explicativas sino porque esa doctrina se adaptaba a los patrones colectivizados de la cultura regional, permitía interpretarla por grupos y por clases como se había hecho desde siempre, (salvo que con un instrumental modernizado más persuasivo), y, lo que es más grave, permitía que se siguiera trabajando en un cerrado marco regional al que se aplicaba una teoría que en cambio postulaba una interpretación universalista. Pues, a pesar de las admoniciones de Simón Rodríguez, el espíritu colonizado seguía flotando sobre las aguas. Así fue que la disidencia crítica siguió compartiendo acendrados principios de la *ciudad letrada*, sobre todo el que la asociaba al ejercicio del poder. Aunque de hecho estaba produciendo un pensamiento opositor independiente, sólo tangencialmente atacaba la tradicional concentración del poder. Dirigía la crítica a sus ejercitantes y a las filosofías que ponían en práctica, procurando suplantar a los unos y a las otras. Una divisa colonial pareció regir este mecanismo que ha seguido funcionando hasta hoy y que en algunos países —México— tiene flagrantes expresiones: "Buen rey y mal gobierno".

De todas las ampliaciones letradas de la modernización, la más notoria y abarcadora fue la de la prensa que, al iniciarse el siglo XX, resultó la directa beneficiaria de las leyes de educación común propuestas por abnegados pedagogos, tal como para Inglaterra ya observara Arnold Toynbee, proporcionándonos una prensa popular, exitista y en ocasiones amarillista, como en Buenos Aires el diario *Crítica* (Botana, 1913), aunque el mayor éxito les cupo a los periódicos-empresas que concluyeron siendo los pilares del sistema y parte ostensible de la *ciudad letrada*: es el caso de *La Nación* en Buenos Aires u *O Estado de São Paulo*.

en el Brasil. Contrariamente a las previsiones de los educadores, los nuevos lectores no robustecieron el consumo de libros sino que proveyeron de compradores a diarios y revistas. El combate contra la *ciudad letrada* que encaraba José Pedro Varela, resultó en la ampliación de sus bases de sustentación y en el robustecimiento de la escritura y demás lenguajes simbólicos en función de poder. Este fue explícitamente el proyecto de Sarmiento, más avizor acerca de los efectos de la educación sistemática que los integrantes de la generación joven que apostaron a una democratización que cuestionara sus poderes. Los integrantes de la generación modernizadora que vivieron lo suficiente ingresaron a las alternativas de la cooptación, acompasada a las transformaciones que vivía el poder.

Es evidente en la evolución del mexicano Justo Sierra. En 1878, desde su juvenil periódico *La libertad* atacaba a "esos milagros humanos que se llaman constituciones abstractas", a "los espesos fantaseos de los fautores de códigos sociales y democráticos", oponiéndoles el "hecho práctico de que el derecho y el deber, en lo que tienen de humano y real, son un producto de la necesidad, del interés, de la utilidad".⁸ Sería Justo Sierra quien, al fin de largos esfuerzos, conseguiría la reconstitución de la Universidad, que fue siempre la joya más preciada de la ciudad letrada, dotándola de un explícito carácter sacrosanto que se llamó *autonomía*, a la cual José Vasconcelos agregaría la divisa según la cual por su boca racial hablaba nada menos que el Espíritu.

No de otro modo actuaron en 1918 los jóvenes rebeldes de la Universidad de Córdoba en la Argentina, al reclamar que fuera autónoma y el órgano de conducción de la sociedad, en una típica estrategia del ascenso social de un nuevo sector o clase que busca

alcanzar una instancia de poder. La Universidad seguía siendo así el puente por el cual se transitaba a la *ciudad letrada*, como lo había sido en el siglo XIX cuando preparaba a los equipos del poder, sobre todo ministros y parlamentarios, dotándosela ahora de un campo operativo más libre que le permitiera cumplir tanto la función modernizadora como la integradora de la sociedad. En un período agnóstico asumía plenamente las funciones que le habían correspondido a la Iglesia, cuando integraba el poder bicéfalo (el Trono y la Tiara). Más allá de los alegatos de la reforma universitaria cordobesa y de la intensa ideologización democrática que desplegó, se trató de una sustitución de equipos y doctrinas pero no de un asalto a los principios que estatulan la *ciudad letrada*, los cuales no sólo se conservaron, sino que se fortalecieron al redistribuirse las fuerzas mediante nuevas incorporaciones. Los abogados debieron compartir el poder con las nuevas profesiones (sociólogos, economistas, educadores) y la clase media se integró al sistema, pero ni aún así los abogados fueron desplazados de una tarea primordial de la *ciudad letrada*: la redacción de códigos y de leyes, para la cual obtuvieron la contribución del nuevo equipo filológico que se desarrolló, fortaleciendo el tradicionalismo, para compensar el trastorno democratizador que se vivía.

La asombrosa y desproporcionada *Réplica* que formuló Rui Barbosa en 1902 al proyecto de código civil que examinaba el Senado brasileño, no respondió a un capricho egotista como se ha dicho frecuentemente, sino al cumplimiento cabal de la función letrada, que tendría consecuencias profundas en la jurisprudencia brasileña. Invocando a Bentham ("Tales palabras, tal ley") defendió el principio de que "un código civil há de ser obra excepcional, monumento da cultura de sua

época" pues "sobre ser un cometimiento científico, é una grande expressao da literatura nacional" por lo cual su escritura debía ser rigurosa, clara y, además, disipar todos los equívocos posibles. En el caso de los códigos y las constituciones, el rígido sistema semántico de la *ciudad letrada* encontraba justificación plena, pues resultaba obligado que respondieran a un unívoco sistema interpretativo. Este sólo podía fundarse en los dos principios lingüísticos citados (origen etimológico y uso constante, o sea secular, por una comunidad), por lo cual remitían fatalmente a la tradición de la lengua, religaban con los ancestros ultramarinos. De aquí procede la nota tradicionalista corrientemente anexa al funcionamiento de la *ciudad letrada* y también la importante contribución que a su sostén dieron los estudiosos de la lengua americana, visto que era el instrumento que con mayor alcance regia el orden simbólico de la cultura.

El proceso modernizador desde 1870 fue acompañado —sutilmente compensado— por la creación de las Academias de la Lengua que hasta ese momento no habían existido en América y que, tal como se formularon y organizaron, fueron religaciones con las fuentes europeas. Todas las Academias hispanoamericanas nacieron como "correspondientes de la Academia española" desde la primera fundada, la colombiana, de 1872. Sólo dos excepciones parciales podrían citarse, que correspondieron a las naciones más dinámicas: la brasileña (de 1896) de la que observó con sagacidad Oliveira Lima que "criouse mais para consagrar a futura língua brasileira do que a passada língua portuguesa"¹⁰ y la argentina, estatuida como fraternidad de escritores simplemente, quizás reconociendo la pretendida autonomía de una lengua que en 1900 el francés Abeille celebraba como "nacional",

no como "castellana".

Al margen de la sabida ineficacia de estas academias, salvo la colombiana que contó con el mejor equipo lingüístico americano, su aparición fue la respuesta de la *ciudad letrada* a la subversión que se estaba produciendo en la lengua por la democratización en curso, agravada en ciertos puntos por la inmigración extranjera, complicada en todas partes por la avasallante influencia francesa y amenazada por la fragmentación en nacionalidades que en 1899 provocaba el alerta de Rufino José Cuervo: "Estamos, pues, en vísperas de quedar separados, como lo quedaron las hijas del Imperio Romano". Contra esos peligros la *ciudad letrada* se institucionalizó.

Generó un equipo capacitado de lingüistas, que desarrolló un espléndido período de estudios filológicos, aunque su acción resultó más eficaz donde ejerció directamente la administración del Estado: fue el caso colombiano en que el fundador de la Academia de la Lengua, Miguel Antonio Caro, también habría de ser presidente de la República.

Pero a la *ciudad letrada* de la modernización le estarían reservadas dos magnas operaciones en las cuales quedaría demostrada la autonomía alcanzada por el orden de los signos y su capacidad para estructurar vastos diseños a partir de sus propias premisas, sustrayéndose a las coyunturas y particularidades del funcionamiento vivo de la realidad. Una de ellas tuvo que ver con el vasto contorno de la Naturaleza y las culturas rurales que se habían venido desarrollando autárquicamente. La otra con el propio diorama artificioso que constituía la ciudad y que aun seguía trabando la independencia de los signos.

A la primera operación competía la extinción de la Naturaleza y de las culturas rurales, inicial proyecto

dominador que, por primera vez de modo militante, llevaron a cabo las ciudades modernizadas, buscando integrar el territorio nacional bajo la norma urbana capitalina.

En su "Alocución a la Poesía" (1823) para que abandonara Europa y pasara a América, Andrés Bello le había propuesto dos grandes temas: la Naturaleza y la Historia. Sólo el segundo fue atendido por los poetas en tanto que el primero, a pesar de la suntuosidad de Heredia, no dejó de trasuntar la cosmética de la escuela europea donde fue aprendido, sin alcanzar el acento auténtico que quedó reservado al énfasis heroico o a las delicias amorosas. A pesar del programa romántico insistentemente proclamado, a pesar de que no hay lugar común más empujado en el pensamiento extranjero que la "ubérrima naturaleza americana", América Latina no contó en el XIX con una escuela literaria de la envergadura del "trascendentalismo" norteamericano que dio *Nature* de Emerson ya en 1836, el *Walden* de Thoreau en 1854 y los libros de viajes de Herman Melville, antes de publicar *Moby Dick* en 1851, ni contó con un movimiento de artistas paisajistas como los de la Hudson River School que prohió el "iluminismo" pictórico con nombres que van de Thomas Cole y Albert Bierstadt hasta Frederick Church (1826-1900), a quien le debemos espléndidos paisajes suramericanos como no los acometieron los pintores locales, a quienes en cambio se les pidió la gran parada militar, las gestas heroicas o los retratos burgueses. Si algo testimonia el ingénito espíritu urbano de la cultura latinoamericana es este desvío por las esplendideces naturales, que si la había fueron obligados compromisos románticos, rápidamente se agostaron al llegar la modernización. Es característico que el venezolano Pérez Bonalde entonara una

Oda al Niágara, la que fuera prologada entusiastamente por el escritor que aun durante la modernización defendió tenazmente el tema de la naturaleza: fue José Martí que vivió quince años en los Estados Unidos y recibió el impacto tardío de los "trascendentalistas", consagrando artículos admirativos a Emerson y a Whitman. Entre los latinoamericanos no hubo en todo el siglo XIX un Thoreau que fuera a vivir en la naturaleza, a proclamar sus glorias y a escribir su *Diario*; los escritores residieron en las ciudades, capitales si era posible, y allí hicieron sus obras, en ese marco urbano, aunque las espolvorearan del color local de moda que exigía "naturaleza".

Dada esta tradición urbana, no hubo mayor problema en trasladar la naturaleza a un diagrama simbólico, haciendo de ella un modelo cultural operativo donde leer, más que la naturaleza misma, la sociedad urbana y sus problemas, proyectados al nivel de los absolutos. Lo hicieron sagazmente los dos mayores poetas de la modernización, Rubén Darío y José Martí, quienes construyeron estructuras de significación, más engañadoramente estéticas en el primero y más dramáticamente realistas en el segundo.¹¹ Pero seguía en pie otro problema, constituido por la producción cultural de los hombres presuntamente naturales que vivían en esa Naturaleza, en realidad constituido por sus principales construcciones simbólicas, como la lengua, la poesía, la narrativa, la cosmovisión, los mensajes históricos, las tradiciones largamente elaboradas, las cuales fluían dentro de un sistema productivo mayoritariamente oral que tenía peculiaridades irreductibles a los sistemas de comunicación urbana.

En su carta-prólogo al *Martín Fierro* (1872), José Hernández describe detalladamente su tarea investigadora, como de novelista naturalista, para conocer

los hombres y las costumbres de que trata en su libro. Concluye diciendo que se empeñó en retratar "lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que, al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo".¹²

En quien fue el más tesorero adalid de los hombres de la cultura rural rioplatense cuando recibieron el impacto destructor de la política liberal, estas precisiones metodológicas al comienzo de su obra testimonian dos cosas que veremos repetidas en otros libros de la llamada "literatura gauchesca" y, con más amplitud, en muchos otros referidos a las costumbres y a las producciones culturales del campo americano:

(1) la aplicación de un instrumental que aspira a ser realista, probo y científico, cuya sola existencia denota la distancia que existe entre el investigador y el objeto observado, entre dos diferentes mundos a los cuales pertenecen, respectivamente, y que aun siguen siendo los de la civilización y la barbarie, aunque ya no sea ésta la palabra que se usa para describir a los rurales; (2) la complementaria comprobación de que el estudio se refiere a una especie que ya está en vías de extinción, a la manera de las investigaciones antropológicas sobre remanentes de pueblos primitivos. La investigación civilizada se aplica a un universo cultural que está desintegrándose y que se perderá definitivamente pues carece de posibilidad evolutiva propia.

En la medida en que ese universo agonizante funciona a base de tradiciones analfabetas y usa un sistema de comunicaciones orales, puede decirse que la letra urbana acude a recogerlo en el momento de su desaparición y celebra mediante la escritura su responso

funeral, pues la operación de Hernández, como la de muchos costumbristas, fue escrituraria y, en principio, destinada al público alfabeto urbano. El imprevisible éxito de *El gaucha Martín Fierro* situó al libro en la frontera entre ambas comunidades: mientras unos — los menos — lo leyeron, los otros — los más — lo oyeron leer o recitar y comenzaron a conservarlo en la memoria como una lección fija que ya se rehusaba a los sistemas transformativos orales.

La modernización ejecuta similares operaciones en lugares entre sí apartados del continente, pues con diversos grados, las culturas rurales golpeadas por las pautas civilizadoras urbanas comienzan a desintegrarse en todas partes y los intelectuales concurren a recoger las literaturas orales en trance de agostamiento. Por generoso y obviamente utilísimo que haya sido este empeño, no puede dejar de comprobarse que la escritura con que se maneja, aparece cuando declina el esplendor de la oralidad de las comunidades rurales, cuando la memoria viva de las canciones y narraciones del área rural está siendo destruida por las pautas educativas que las ciudades imponen, por los productos sustitutivos que ponen en circulación, por la extensión de los circuitos letrados que propugnan. En este sentido la escritura de los letrados es una sepultura donde es inmovilizada, fijada y detenida para siempre la producción oral. Esta es, por esencia, ajena al libro y a su rigidez individualizadora, pues se modula dentro de un flujo cultural en permanente plasmación y transformación. Rige para este material la observación de Levi-Strauss de que todas las variantes componen el mismo mito, lo que no sólo reconoce su adaptación a diferentes circunstancias concretas, sino también la introducción dentro de él del factor histórico (difícilmente medible en los mitos de las culturas primitivas pero

fácilmente comprobable en las invenciones verbales de las culturas rurales, el cual aporta variantes sobre el flujo tradicional, en cierto modo atemporal adaptándolo a los requerimientos de las circunstancias históricas. A pesar del reconocido conservatismo de las culturas rurales, derivado del tiempo lento de su evolución, y a pesar del apego a la lección transmitida por los mayores, derivado de su sistema educativo que concede rango superior a la sabiduría de la experiencia, esas culturas nunca estuvieron inmóviles, ni dejaron nunca de producir nuevos valores y objetos, ni se rehusaron a las novedades transformadoras, salvo que integraron todos esos elementos dentro del acervo tradicional, rearticulándolo, eligiendo y desechando sobre ese continuo cultural, combinando sus componentes de distinta manera y produciendo respuestas adecuadas a las modificaciones históricas. Se podría argumentar que no es radicalmente diferente el procesamiento cultural urbano aunque el ritmo de éste sea mucho más acelerado, las sustituciones más rápidas, la individuación de los productos más exigente. Pero sobre todo es diferente el recorte que las culturas urbanas introducen en su peculiar flujo, la nítida conciencia con que trazan los límites que separan del conjunto a un producto y lo incorporan a un nivel distinto, superior, reclasificándolo dentro de casilleros diferentes que responden a demandas también diferentes. Así son producidas las obras literarias.

En el hemisferio brasileño de América Latina, la recopilación (segregadora y limitadora del continuo) estuvo a cargo de uno de los intelectuales de ardiente espíritu modernizado, imbuido de los diferentes escuelas científicas europeas de su tiempo, de Gervinus, Buckle y Curtius, a Scherer y Julian Schmidt. Se trató del famoso San Pablo de la escuela teuto-sergipana,

Silvio Romero (1851-1914) quien procuró dominar el instrumental científico, riguroso y eficiente, de que era capaz la cultura europea de la época,¹³ para aplicarlo a la recopilación de las literaturas orales del Brasil: los *Contos populares do Brasil* en 1883, y los *Contos populares do Brasil* en 1885, precedidos por los *Estudos sobre a Poesia Popular no Brasil* aparecidos en la *Revista Brasileira* en 1879-80. Ya en éstos fue visible que había quedado atrás la fe romántica en lo que Grimm llamara la "infalibilidad popular", reemplazada por el análisis metódico (científico) de un material que era desprendido de su función cognoscitiva, en cuanto sistema de vida de una comunidad, para incorporarlo a lo que ya no podía ser otra cosa que literatura. Para este caso André Malraux también habría dicho que los dioses entraban al Museo del Arte, como estatuas, simplemente.

Fue también ésa la norma que rigió la expansión del costumbrismo y de la novela realista. Sus autores se basaron en parecidos preceptos, más o menos científicos, que fijaban la especificidad de un nuevo campo, dentro de la estricta división del trabajo que propugnaba el pensamiento positivista al servicio de la estructura económica y social en curso. Esta división del trabajo no sólo distribuía los países para funciones diferenciales y dentro de ellas a los individuos para (especialidades) recortadas dentro de la totalidad, sino que también fijaba rejillas ordenadoras y clasificadoras de los materiales. Por primera vez en América Latina, comenzaron a construirse las literaturas, obedeciendo a la redistribución que había organizado el romanticismo y tardíamente se aplicaba al continente. En la época asistimos a la eclosión de las primeras historias literarias (de la del mexicano Francisco Pimentel a la del brasileño Silvio Romero) que diseñan urdimbres

discursivas donde se reúne y organiza un material heteróclito, articulando sus diversos componentes para que obedezcan a un plan previamente asignado. Ese fue el cumplimiento del proyecto nacionalista.

Retrasadamente, ya dentro de otras perspectivas metodológicas, se cumplió con las proposiciones románticas, nacidas en Europa cuando allí se establecieron las condiciones socio-económicas que parcialmente se repitieron en América medio siglo después. El concepto de literatura tomó cuerpo, sustituyendo al de bellas letras y, a la manera como lo habían interpretado Louis de Bonald y Madame de Staël, se legitimó en el sentimiento nacional que era capaz de construir. Esta nueva especificidad deslindó un campo del conocimiento con bases autónomas. Como les ocurriera a los románticos, este diseño fue en parte consecuencia de, y en parte fortalecido por, las humildes producciones orales de las culturas rurales, pues la concepción nacional se acrecentó con el ingrediente popular, cuya larga historia y cuyo conservatismo otorgaron amplia base legitimadora a la nacionalidad. Era previsible que fuera el Brasil, país cuya producción literaria más articuladamente había contribuido a la constitución nacional, donde primero se recurriera a la rica aportación popular, aunque muy pronto lo reiteraría en la Argentina Ricardo Rojas, como avanzado de un nacionalismo que se impondría en todo el continente entrado el siglo XX.

No sólo había que diseñar una nueva rejilla clasificatoria, usando el concepto de literatura, para incorporar esos materiales populares; era también necesario que estuvieran muriendo en cuanto formas vivas de la cultura rural. Su agonía facilitó la demarcación de los materiales y su trasiego a la órbita de las literaturas nacionales. Un crítico ha observado que "Nineteenth-

century costumbristas, for instance, who were responsible for the collection and preservation of such material were activated by this sense of imminent loss even when they also resigned themselves to its inevitability",¹⁴ lo que debe verse dentro del marco general que así sintetiza un historiador: "Elsewhere, progress as conceived and implemented by the elites tended not only to impoverish but to deculture the majority. As the folk culture lost to modernization, the options for the majority diminished".¹⁵

La constitución de la literatura, como un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, habría de permitir la incorporación de múltiples materiales ajenos al circuito anterior de las bellas letras que emanaban de las élites cultas, pero implicaba asimismo una previa homogenización e higienización del campo, el cual sólo podía realizar la escritura. La constitución de las literaturas nacionales que se cumple a fines del XIX es un triunfo de la ciudad letrada, la cual por primera vez en su larga historia, comienza a dominar a su contorno. Absorbe múltiples aportes rurales insertándolos en su proyecto y articulándolos con otros para componer un discurso autónomo que explica la formación de la nacionalidad y establece admirativamente sus valores. Es estrictamente paralelo a la impetuosa producción historiográfica del período que cumple las mismas funciones: edifica el culto de los héroes, situándolos por encima de las facciones políticas y tornándolos símbolos del espíritu nacional; disuelve la ruptura de la revolución emancipadora que habían cultivado los neoclásicos y aun los románticos, recuperando a la Colonia como la oscura cuna donde se había fraguado la nacionalidad (en el Brasil es la obra pionera de Capistrano de Abreu); redescubre las contribuciones populares, localistas, como formas

incipientes del sentimiento nacional y, tímidamente, las contribuciones étnicas mestizadas; sobre todo, confiere organicidad al conjunto, interpretando este desarrollo secular desde la perspectiva de la maduración nacional, del orden y progreso que lleva adelante el Poder.¹⁶

La literatura, al imponer la escritura y negar la oralidad, cancela el proceso productivo de ésta y lo fija bajo las formas de producción urbana. Introduce los interruptores del flujo que recortan la materia. Obviamente no hace desaparecer a la oralidad, ni siquiera dentro de las culturas rurales, pues la desculturación que la modernización introduce da paso a nuevas neoculturaciones, más fuertemente marcadas por las circunstancias históricas. Para éstas, la ciudad letrada será ciega; también para el similar proceso que ocurre dentro de la misma ciudad, donde se prolonga la producción oral mezclándose con la escrita y dando lugar a nuevos lenguajes, sobre todo a través de la mezzomúsica y del teatro.

La apropiación de la tradición oral rural al servicio del proyecto letrado concluye en una exaltación del poder. Es ése claramente el objetivo de las conferencias que pronuncia Leopoldo Lugones en Buenos Aires en 1913, delante de los miembros del Poder Ejecutivo, reunidas tres años después en su libro El payador:

Titulo este libro con el nombre de los antiguos cantores errantes que recorrían nuestras campañas trovando romances y endechas, porque fueron ellos los personajes más significativos en la formación de nuestra raza. Tal cual ha pasado en todas las otras del tronco greco-latino, aquel fenómeno no inicióse también aquí con una obra de belleza. Y de este modo fue su agente primordial la poesía, que al inventar un nuevo lenguaje para la expresión de la

nueva entidad espiritual constituida por el alma de la raza en formación, echó el fundamento diferencial de la patria.¹⁷

Es un manifiesto arcaizante e idealizante que combina los lugares comunes de la retórica patriótica, agregándoles énfasis: "cantores errantes", "trovando romances", "nuestra raza", "tronco greco-latino", "entidad espiritual", "alma de la raza", patria al fin. En el mismo prólogo se comprueba la base realista en oposición a la cual se formula este discurso: corresponde a los inmigrantes del sector inferior de la sociedad que estaban metidos en la misma ciudad y habían demostrado su capacidad para la producción oral y escrita:

La plebe ultramarina que a semejanza de los mendigos ingratos, nos armaba escándalo en el zaguán, desató contra mí al instante sus cómplices mulatos y sus sectarios mestizos. Solemnes, temebundos, inmunes con la representación parlamentaria, así se vinieron. La ralea mayoritaria paladeó un instante el quimérico pregusto de manchar a un escritor a quien nunca habían tentado las lujurias del sufragio universal.¹⁸

Esta "plebe ultramarina" ya había producido los sainetes teatrales y sobre todo ya había modelado, con múltiples y dispares contribuciones, una expresión musical y poética de arrasadora influencia en la ciudad: el tango. Su vitalidad en la época en que hablaba Lugones, su plebeyismo urbano, su desenfadado encajamiento entre la oralidad y una torpe escritura, su ajenidad de los círculos cultos, pero más que nada su incontenible fuerza popular, hacían que fuera imposible incorporar el tango a los órdenes rígidos de la ciudad

letrada. Tendría que esperar su ocaso a mediados de siglo para que también fuera recapturado por la escritura y transportado a mito urbano.

La otra magna operación de la ciudad letrada tuvo que ver con la ciudad misma y fue por lo tanto más ardua y sutil que la cumplida con las culturas orales de la vida rural. La concentración de la urbe remedaba la concentración del poder que ocupaba su centro, pero también abarcaba dispares fuerzas que estaban en tensión y amenazaban sin cesar con una erupción de violencia que subvertiría la estructura jerárquica. La ciudad real era el principal y constante opositor de la ciudad letrada, a quien ésta debía tener sometida: la repentina ampliación que sufrió bajo la modernización y la irrupción de las muchedumbres, sembraron la consternación, sobre todo en las ciudades atlánticas de importante población negra o inmigrante. pues en la América india el antiguo sometimiento que la Iglesia había internalizado en los pobladores seguía sosteniendo el orden.

El período modernizado, bajo su máscara liberal, se apoyó en un intensificado sistema represivo, aunque sus efectos drásticos se hicieron sentir más sobre la región rural que sobre la ciudad misma, pues trasladó a los sectores inferiores urbanos, en especial a los organizados de los obreros, una pequeña parte de las riquezas derivadas de la intermediación comercial y de la incipiente industrialización. Más eficaz que esas concesiones, posibles gracias al sometimiento rural, fue el plan educativo que se aplicó primordialmente a los habitantes de las ciudades y les abrió perspectivas de ascenso social. En la misma medida en que los cuadros sindicales compartían los principios básicos de la modernización, incluyendo la política de los campos que fue vista desde la misma perspectiva urbana con que la evaluaron

positivamente los intelectuales (es excepcional en el continente el anarquismo ruralizado de los Flores Magón en México), el proyecto educativo no sólo fue bien recibido sino reclamado ardientemente como una palanca igualitaria. Tardíamente, hacia 1930, la frustración de estas expectativas condujo a intelectuales y dirigentes sindicales de la baja clase media a enarbolar las reivindicaciones agrarias y aun indígenas o negras, como una bandera persuasiva en que se cobijaban sus propias reclamaciones.¹⁹

Las ciudades en que se arracimaron ingentes migraciones rurales internas y a veces aún mayores externas, comenzaron a cambiar bajo este impacto que desbordó las planificaciones fundacionales y creó toda suerte de entorpecimientos a las comunicaciones, complicadas además por el funcionamiento intermediador de las ciudades-puertos en una economía exportadora-importadora vertiginosamente aumentada. Por primera vez se presenció, en la corta duración de una vida humana, la desaparición o trasmutación de los decorados físicos que la acompañaban desde la infancia. Lo que ocurrió en el París de 1850 a 1870, bajo el impulso del barón de Haussman, e hizo decir a Baudelaire que la forma de una ciudad cambiaba más rápidamente que el corazón de un mortal, se vivió hacia fines de siglo en muchas ciudades latinoamericanas.²⁰ La ciudad física, que objetivaba la permanencia del individuo dentro de su contorno, se trasmutaba o disolvía, desarraigándolo de la realidad que era uno de sus constituyentes psíquicos. Por lo demás, nada decía a las masas inmigrantes, internas o externas, que entraban a un escenario con el cual no tenían una historia común y al que por lo tanto contemplaban, por el largo tiempo de su asentamiento, como un universo ajeno. Hubo por lo tanto una generalizada expe-

X
Sociedad de
Estudios H.

riencia de desarraigo al entrar la ciudad al movimiento que regía el sistema económico expansivo de la época: los ciudadanos ya establecidos de antes veían desvanecerse el pasado y se sentían arrojados a la precariedad, a la transformación, al futuro; los ciudadanos nuevos, por el solo hecho de su traslado desde Europa, ya estaban viviendo ese estado de precariedad, carecían de vínculos emocionales con el escenario urbano que encontraban en América y tendían a verlo en exclusivos términos de interés o comodidad. Eran previsibles los conflictos y la literatura de la época los reflejó, aunque acentuando el matiz xenóforo, pues fueron los ciudadanos ya establecidos, descendientes de viejas familias, quienes escribieron. No obstante, el problema era más amplio y circunscribía a todos: la movilidad de la ciudad real, su tránsito de desconocidos, sus sucesivas construcciones y demoliciones, su ritmo acelerado, las mutaciones que introducían las nuevas costumbres, todo contribuyó a la inestabilidad, a la pérdida de pasado, a la conquista de futuro. La ciudad empezó a vivir para un imprevisible y soñado mañana y dejó de vivir para el ayer nostálgico e identificador. Difícil situación para los ciudadanos. Su experiencia cotidiana fue la del extrañamiento.

A reparar ese estado acude la escritura. Cumple una operación estrictamente paralela a la desempeñada con las culturas orales de los campos. Con los productos de éstas había logrado fundar persuasivamente la nacionalidad y, subsidiariamente, la literatura nacional, beneficiándose de su desintegración y de su incapacidad para reproducirse creativamente dentro de una vía autónoma. Analógicamente lo hará con la propia ciudad, acometiendo la reconstrucción del pasado abolido con fingida verosimilitud, aunque reconvirtiéndolo subrepticamente a las pautas normativas, y

además movedizas, de la ciudad modernizada. Si con el pasado de los campos construye las raíces nacionales, con el pasado urbano construye las raíces identificadoras de los ciudadanos. Y en ambos casos cumple una suntuosa tarea idealizadora que infundirá orgullo y altivez a los auténticos descendientes de aquellos hombres de los campos, de aquellos hombres de las grandes aldeas, forzando a los advenedizos pobretones llegados del exterior a que asuman tales admirables progenitores. La escritura construyó las raíces, diseñó la identificación nacional, enmarcó a la sociedad en un proyecto, pero si por un momento los hombres concernidos por esos designios se hubieran puesto a reflexionar, habrían convenido en que todo eso que resultaba tan importante eran simplemente planos dibujados sobre papel, imágenes grabadas en acero, discursos de palabras enlazadas, y aún menos y más que eso lo que las conciencias alcanzan a soñar a partir de los materiales escritos, atravesándolos con la mirada hasta perderlos de vista para sólo disfrutar del sueño que ellos excitan en el imaginario, desencadenando y encauzando la fuerza deseante.

De las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma a *La gran aldea* del argentino Lucio V. López, de los *Recuerdos del pasado* del chileno Pérez Rosales al *México en cinco siglos* de V. Riva Palacios, durante el período modernizado asistimos a una superproducción de libros que cuentan cómo era la ciudad antes de la mutación. Es en apariencia una simple reconstrucción nostálgica de lo que fue y ya no es, la reposición de un escenario y unas costumbres que se han desvanecido y que son registradas "para que no mueran", la aplicación de una insignia goetheana según la cual "sólo es nuestro lo que hemos perdido para siempre". Una investigación más detallada permite descubrir lo previsible, sabiendo que

no hay texto que no esté determinado por una situación de presente y cuyas perspectivas estructurantes no partan de las condiciones específicas de esa situación: esa nutrida producción finisecular está signada por la ideología del momento y más que un retrato de lo ya inexistente, que por lo tanto no puede acudir a ofrecer la prueba corroborativa, encontramos en esos libros una invención ilusoria generada por el movimiento, la experiencia del extrañamiento, la búsqueda de raíces, el afán de una normatividad que abarque a todos los hombres.

Cuando la ciudad real cambia, se destruye y se reconstruye sobre nuevas proposiciones, la ciudad letrada encuentra la coyuntura favorable para incorporarla a la escritura y a las imágenes que —como sabemos— están igualmente datadas, trabajando más sobre la energía desatada y libre del deseo que sobre los datos reales que se insertan en el cañamazo ideológico para proporcionar el color-real convincente. Esta función ideologizante de la ciudad pasada se aprecia aún mejor si se observa que debe componérsela con la otra parte del díptico que se produce en las mismas fechas y nos dota de las obras utópicas sobre la ciudad futura. Esta otra parte complementaria de la actividad letrada sobre la ciudad ya se había producido en las letras occidentales, en especial bajo la inspiración de los utopistas (Robert Owen, Saint-Simon, etc.) y nos dotó de piezas claves como la de William Morris (*News from Nowhere*) o la de Edward Bellamy (*Looking Backward*) así como innumerables proyectos de realización, muchos de los cuales se orientaron hacia el “nuevo continente” como en el Renacimiento.²¹ Sin embargo, quizás el vuelo más desembarazado de la imaginación haya que buscarlo en las visiones de ciudades soñadas de lo que correctamente Rimbaud llamó *Les Illumina-*

tions. Esta producción de utopías no entusiasmó en América Latina a los grandes escritores cultos y frecuentemente fue obra de aficionados. Para el caso del Uruguay, una estuvo a cargo de un rematador, Francisco Piria (*Uruguay en el año 2000*) y otra de un espléndido pintor, Pedro Figari (*Historia Kiria*).

La construcción de la ciudad futura no fue menos obra del deseo y la imaginación, no fue menos respuesta al movimiento desintegrador del sólido escenario de los hombres, que la construcción de la ciudad pasada, salvo que ésta pudo ser engalanada con el discurso verosímil del realismo decimonónico. Por lo cual es imprudente manejar como referencias históricas rigurosas, las que aparecen en la multitud de libros sobre Buenos Aires, Montevideo, Santiago, México o Rio de Janeiro antiguos, que colmaron la época. Más adecuado es leerlos como la parsimoniosa edificación de modelos culturales que quiere establecer una nueva época, respondiendo al extrañamiento en que viven los ciudadanos. Su fundamental mensaje no se encontrará en los datos evocativos, sino en la organización del discurso, en los diagramas que hacen la transmisión ideológica (tan intensa en libros que aparentemente sólo quieren testimoniar la objetiva realidad del pasado), en el tenaz esfuerzo de significación de que es capaz la literatura. Pues ésta —conviene no olvidarlo— no está sometida a la prueba de la verdad, sus proposiciones no pueden ser enfrentadas con los hechos externos; sólo pueden ser juzgadas interiormente, relacionando unas con otras dentro del texto y por lo tanto registrando su coherencia más que su exactitud histórica. En el mismo momento en que se disolvían los hechos externos, naciendo de esa disolución liberadora, pudo desplegarse el discurso literario que edificaba una ciudad soñada. Un sueño el futuro, un sueño el pasado, y sólo palabras e imágenes

para excitar el soñar.

Desaparecidos los datos sensibles, esos significantes del lenguaje urbano, se conquista el derecho de redimensionarlos de acuerdo a las puras significaciones que se quiere transmitir a quien no será otra cosa que un lector. Aún éste, desprendido de los asideros reales, parece ser absorbido por el universo de los signos. La vida arraigada a que estaba acostumbrada se disuelve, es arrastrado por el movimiento transformador que no cesa y sin duda pierde pie; sólo puede recuperarse, sólo puede reencontrar analógicas raíces, en el vicario mundo que construyen los signos. A la fijeza persuasiva que los distingue, ellos agregan una condición que no es sólo hija de los tiempos que corren, sino de su peculiar naturaleza: Constituyen modelos culturales que es posible manipular con destreza, pueden ser acondicionados a variadas estructuraciones de la significación, pueden reemplazarse fácilmente unos por otros, según las pulsiones del imaginario. Trazan entre todos un movimiento continuo, aunque éste, como el de la tierra, finge la solidez, la inmovilidad, el arraigamiento.

Cuando desde fines del XIX la ciudad es absorbida en los dioramas que despliegan los lenguajes simbólicos y toda ella parece devenir una floresta de signos, comienza su sacralización por la literatura. Los poetas, como dijo el cubano Julián del Casal, son poseídos del "impuro amor de las ciudades" y contribuyen al arborescente corpus en que ellas son exaltadas. Prácticamente nadie esquiva este cometido y todos contribuyen a la tarea sacralizadora: "Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido".

Se diría que no queda sitio para la ciudad real. Salvo para la cofradía de los poetas y durante el tiempo en que no son cooptados por el Poder. En esa pausa indecisa se

los ve ocupar los márgenes de la ciudad letrada y oscilar entre ella y la ciudad real, trabajando sobre lo que una y otra ofrecen, en un ejercicio ricamente ambiguo a la manera en que lo veía Paul Valéry: "hésitation prolongée entre le son et le sens". Durante esa vacilación están combinando un mundo real, una experiencia vivida, una impregnación auténtica con un orden de significaciones y de ceremonias, una jerarquía, una función del Estado. El poder tiende siempre a incorporarlos y la traza de este pasaje queda registrada en la palabra poética. Es la distancia que va de la tersura y el irónico temblor de "¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier?" al estruendo del *Canto a la Argentina*. Aun así, debe convenirse que los miembros menos asiduos de la ciudad letrada han sido y son los poetas y que aun incorporados a la órbita del poder, siempre resultaron desubicados e incongruentes.

Notas al Capítulo IV: La ciudad modernizada

110

1. *De la legislación escolar*, Montevideo, Imprenta de El Nacional, 1876, pp. 81-2. Asimismo, en p. 64, denuncia como falsa la contradicción caudillaje-civilismo que enarbola el liberalismo: "Nuestra organización política, sin embargo, con su complicado mecanismo, con su multiplicidad de funciones y funcionarios, supone una población ilustrada y educada en la práctica de las instituciones democráticas, de manera que de aquella realidad y de esta suposición resulta que vivimos en un engaño y una mentira permanente. Una cosa dicen las leyes y otra los hechos; a menudo las palabras son bellas y los actos malos, y a menudo también la mentira oficial no es ni más audaz ni más evidente que la mentira de los partidos que se hallan fuera del poder".

2. *Ibidem*, p. 68. En el mismo sentido, en p. 85: "En las palabras suele haber pues, antagonismo: pero en la realidad existe la unión estrecha de dos errores y de dos tendencias extraviadas, el error de la ignorancia y el error del saber aparente y presuntuoso: la tendencia autocrática del jefe de campaña, y la tendencia oligárquica de una clase que se cree superior. Ambos se auxilian mutuamente: el espíritu universitario presta a las influencias de campaña las formas de las sociedades cultas, y las influencias de campaña conservan a la Universidad sus privilegios y el gobierno aparente de la sociedad".

3. José María Samper, *Historia de un alma*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, 2 vols., t. II, pp. 171-78, referidas a su amistad con Torres Caicedo: "yo iba creyendo que sí podía haber un liberalismo conservador o un conservatismo liberal aceptable para todos los hombres patriotas, sinceros y desinteresados en su amor al bien".

4. Richard M. Morse (con Michael L. Conniff y John Wibel): *The Urban Development of Latin America, 1750-1920*, Stanford, Center for Latin American Studies, 1971; Nicolás Sánchez Albornoz, *La población de América Latina*, Madrid, Alianza Universidad, 1977, cap. 5 "Gobernar es poblar".

5. José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976, p. 252.

6. Claudio Véliz, *The Centralist Tradition of Latin America*, Princeton, Princeton University Press, 1980, pp. 234-5.

7. Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972 (2a ed. rev.) p. 468.

8. Justo Sierra, *Obras Completas*, México, UNAM, 1977 (ed. Agustín Yáñez), t. IV, *Periodismo político*. A su campaña política de 1878 en *La libertad*, corresponde también esta declaración de principios que puede vincularse a la citada del colombiano Samper: "Declaramos, en consecuencia, no comprender la libertad, si no es realizada dentro del orden, y somos por eso conservadores; ni el orden, si no es el impulso normal hacia el progreso, y somos, por tanto liberales" (t. IV, p. 146).

9. Rui Barbosa, *Obras completas*, Rio de Janeiro, Ministerio da Educação e Saúde, 1953, vol. XXIX, t. II, pp. 92-3: "Com que outra coisa, a não ser com as palavras, se haviam de fazer as leis? Vida, propriedade, honra, tudo quanto nos é mais preciso, dependerá sempre da seleção das palavras" (*Ibidem*, t. III, p. 304).

10. V. su ensayo "As línguas castelhana e portuguesa na América" (1906) en *Impressões da América Espanhola (1904-1906)*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1953 (ed. Manoel Da Silveira Cardozo).

11. He estudiado el punto en mi prólogo a Rubén Darío, *Poesía*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977 y en mi ensayo *Indagación de la ideología en la poesía (Los dípticos seriados de Versos sencillos)* en *Revista Iberoamericana*, 112-113, julio-diciembre de 1980.

12. *Poesía gauchesca*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 192.

13. V. Antonio Candido, *O método crítico de Silvio Romero*, São Paulo, FFCLUSP Boletim No. 266, 1963 (2a ed.).

14. Jean Franco "What's in a Name? Popular Culture Theories and Their Limitations" en *Studies in Latin American Popular Culture*, vol. 1, 1982, p. 7.

111

15. E. Bradford Burns, "Cultures in Conflict: The Implications of Modernization in Nineteenth-Century Latin America" en *Elites, Masses, and Modernization in Latin America, 1850-1930*, Austin, University of Texas Press, 1979, pp. 76-7.

16. El mejor exponente mexicano fue la obra de Justo Sierra *Evolución política del pueblo mexicano* (1900), a la cual parece apuntar José C. Valadés, a pesar de exceptuarla, en su requisitoria contra la historiografía porfirista: "Fue durante el régimen porfirista cuando la historia oficial tomó sólido asiento. Hija de una innatural paz, esa historia fraguada por los adalides literarios del porfirismo, cubrió con el espeso manto de la autoridad, ideas, hombres y hechos que parecían contrarios al ensalmo pacifista; y si conservó algunas figuras y pensamientos fue a guisa de adorno para sus páginas" (*El porfirismo. Historia de un régimen. El crecimiento*, México, Patria, 1948, p. XXV).

17. *El payador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 14.

18. *Ibidem*, p. 15.

19. V. François Bourricaud "Algunas características de la cultura mestiza en el Perú contemporáneo" en *Revista del Museo Nacional*, t. XXIII, Lima, 1954; también mi ensayo "El área cultural andina (hispanismo, mesticismo, indigenismo) en *Cuadernos Americanos*, XXXIII, 6, México, nov-dic, 1974.

20. En *El diario*, del mexicano Federico Gamboa, esta queja del 25 de abril de 1895, "¡Mi México se va! El vetusto Café de Iturbide tan lleno de carácter y de color local, propiedad de franceses desde su fundación, ya pasó a manos yanquis, con brebajes de allá, y parroquianos de allá..." Y un año antes, el 12 de abril: "Como el mejor día vendrá una piqueta y ni rastros dejará de ella, bueno es que quede siquiera un boceto de esta nunca bien ponderada botica en la calle del Coliseo, que todo México conoce y ha conocido de algunos lustros más". (*Diario de Federico Gamboa*, (ed. José Emilio Pacheco), México, Siglo XXI, 1977, p. 54 y p. 52, respectivamente).

21. V. *Utopías socialistas (1830-1893)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, (ed. Carlos M. Rama).

V

La polis se politiza

La modernización internacionalista, que aproximadamente se extiende desde 1870 a 1920 y cuya arrogante autocelebración se encuentra en las fiestas del primer centenario de la Independencia, con fechas escalonadas entre 1910 y 1922, consagró un segundo nacimiento de la vasta región americana al sur del río Grande. Los que hablan sido azareados estados desprendidos de España y Portugal, se convierten en la pujante América Latina que consolida su pertenencia a la economía-mundo occidental y construye su reconocible imagen contemporánea, pues en ese período se fraguan las bases de la actual América Latina. Al día siguiente de la rumbosa celebración del centenario de la Independencia hispanoamericana, comienza para este hemisferio de América Latina el siglo XX: es en 1911 la revolución mexicana que inicia los sucesivos sacudimientos político-sociales a la búsqueda de un nuevo orden, todavía controlados por la acción de fuerzas internas que procuran dar expresión a la estructura socio-económica que se había forjado en el cauce de la mencionada modernización. Cuando sólo parcialmente se había resuelto el conflicto, la crisis mundial de 1929 primero y luego la más catastrófica de 1973, agudizan la situación